

ES DE SAN MARTIN Y SE LLAMA CORROCHANO

A la memoria de mi padre, maestro de las cosas y de la vida, que no pudo escribir este homenaje a tío Alfredo, y que contemplará con indulgencia este sucedáneo.

Apenas hay que acercarse a Alfredo Corrochano para saber inmediatamente que uno está ante un torero, ante un gran torero. Quien es matador de toros de verdad, como él, lo es en la plaza y fuera de ella, mientras dura su carrera y después de cortarse definitivamente la "coleta". Quien es torero lo es siempre e irremediablemente. Como toda vocación, es un destino misterioso. Ya lo dijo quien quizá haya sido el más grande de todos ellos, José, "en el toreo se puede aprender todo menos eso: porque eso es un don que vada uno trae al mundo y el que no lo trae nunca será un torero de verdad", Alfredo Corrochano nació con ese don. Alfredo Corrochano es un torero.

En 1947 el filósofo José Ortega y Gasset, dictó un curso en Madrid, en el Instituto de Humanidades por él fundado, sobre la interpretación de la historia del inglés Toynbee. Al curso asistía el gran matador de toros Domingo Ortega, "el paleta de Borox", dotado de la rara elegancia que suele adornar al hombre de pueblo español, uno de los más grandes dominadores de reses bravas que han existido. Al parecer un periodista —una "sabandija periodística" como fue calificado al día siguiente por el pensador— quiso desacreditar el curso y denigrar al auditorio informando de que asistían incluso toreros. Ortega se preguntaba: ¿qué idea tienen de lo que es, sobre todo, de lo que tiene que ser la ciencia, y especialmente las ciencias de humanidades, y qué idea tienen de lo que es y ha sido el torero en España estos mentecatos?" Y más adelante enuncia su afirmación de que en la evolución de las corridas de toros se encuentra la clave de la historia de España desde 1650 hasta nuestros días. No se debe despreciar aquello que hace felices a los hombres. En 1740 el admirable gobernante que fue Campillo redactó dictámenes sobre las corridas porque los hombres del pueblo, en Zaragoza, llegaban a empeñar su camisa para poder ir a los toros. La historia de las corridas de toros nos revela el mayor secreto de la reciente historia española. Nada menos. Pero para eso hace falta saber lo que es un torero. Ahora ya sabemos que decir que Alfredo Corrochano es un torero no es decir poca cosa.

Alfredo Corrochano Miranda, nació en Madrid, en la calle de Conde Duque, el 5 de octubre de 1912. Su vocación torera se encontró, como toda vida humana, con las facilidades y dificultades que forman nuestra personal circunstancia. Como escribe José María Sánchez Miranda en su libro "Los toros de barro. Ni Joselito, ni Belmonte", "Alfredo Corrochano fue torero porque concurren en él dos circunstancias especiales: ser hijo de un crítico taurino y amigo de Ignacio Sánchez Megías, quien se empeñó en que Alfredo llegase a matador de toros. ¿Por qué ese interés? Lo desconozco; tal vez una prueba de laboratorio para descifrar la reacción del padre y la afición del chico". Su padre es Gregorio Corrochano, el indisputado maestro de la crítica de este siglo, sabio testigo de la Edad de Oro del toreo, de la más grande competencia de la historia, la de Joselito y Belmonte, y autor de una de las tres o cuatro tauromaquias decisivas de la historia: la de Domingo Ortega.

Casi de niño acompañaba Alfredo a su padre a las tientas y a las faenas del campo en las muy taurinas tierras salmantinas. No es aventurado afirmar que allí nació una vocación que iba a encontrar la quizá natural oposición familiar. Decidido a ser torero —ya lo era—, abandonó los estudios y siguió su irremediable inclinación. La fiesta tuvo suerte. Se presentó en Madrid en una becerrada organizada para recaudar fondos para la construcción de ese gran proyecto madrileño que es la Ciudad Universitaria, ideada por el archimadrileño rey Alfonso XIII, que asistió al festejo en el que alternaban, nada menos, Juan Belmonte, José García "Algabear", Victoriano Roger "Valencia II" y Joaquín Rodríguez "Cagancho", más cuatro estudiantes. Uno de éstos era un casi adolescente, Alfredito. La impresión que produjo su torería llevó a un crítico a escribir: "¿este chaval será algún día torero profesional? ¿Se lo consentirá su padre? Yo lo deseo para bien de la fiesta". Afortunadamente, triunfó sobre la oposición familiar. Gregorio Corrochano jamás escribió, como es natural, sobre su hijo. A pesar de ello, tuvo que soportar el torero la injusta oposición de un pequeño sector de aficionados que lo consideraban favorecido por el magisterio de su padre y que, en los alborotados años de la República lo etiquetaron de monárquico, pues su padre escribía en el ABC. Pero en el ruedo no hay más verdad que la que forma la esencial geometría del hombre y el toro, el rito ancestral de la vida y de la muerte. Y ahí nadie pudo disputarle a Alfredo el éxito.

Tomó la alternativa en Castellón el 28 de febrero de 1932, apadrinado por Marcial Lalande y con Domingo Ortega de testigo. El 12 de mayo la confirma en Madrid, apadrinado por Manuel Mejías "Bienvenida" y una vez más con Domingo Ortega de testigo. Su día más feliz como torero fue probablemente en las Ventas el 22 de septiembre de 1935, en que el gran Belmonte se despedía definitivamente de la afición, Marcial Lalande completaba el histórico cartel. Se lidiaron toros de Coquilla. Luis Nieto, crítico de ABC, lo ha recogido en su admirable "Anecdótico Taurino", de boca del propio Alfredo: "Fue algo extraordinario. El papel se acabó rápidamente. Alternamos en aquella corrida Belmonte, Marcial Lalande y yo. Cuando íbamos a comenzar el paseíllo, el ambiente de la plaza era impresionante. Algunos partidarios de Belmonte le aplaudían a rabiar; y algunos otros lloraban por su retirada. Al término del paseo le dieron a Juan un busto y le entregaron otros recuerdos por la despedida. La ovación era tan grande, el respeto tan inmenso, que tanto Marcial como yo, mirándonos y sin hablar, pensábamos que en esos momentos sobrábamos; hasta el punto que Marcial de me dijo: —Alfredito, quieres que nos marchemos?—. Pero Alfredito no se marchó y pasó a engrosar la gloriosa y reducida nómina de los toreros que han cortado un rabo en la cátedra universal de Madrid. No es posible posible ser torero sin probar la amargura del dolor y mirar cada tarde cara a cara la sombría faz de la muerte. Alfredo lo experimentó una tarde funeral en Manzanares. Ignacio Sánchez Megías, cuya sola existencia debería avergonzar y reducir al silencio a toda "sabandija



Alternativa en Castellón apadrinado por Marcial Lalande, Febrero del 32

sustituía en el cartel a Domingo Ortega. iban en la tarde triste Armillita Chico y toros de Ayala. "Eran las cinco de la tarde, / unto de la tarde", Ignacio era cogido mor- el toro. García Lorca inmortalizó la trage- memorables. Alfredo vivió la atroz amar- orir a su maestro y amigo, a aquel andaluz ando y eterno, Ignacio jamás se arrugó ni n el ruedo. Quienes lo conocieron no olvi- a inteligencia ni su inmensa personalidad, áñez Miranda, cuenta en su libro citado cio a torear a México, cuando Rodolfo ídolo nacional. Nada más llegar a tierras periodista lo interrogó:
parece a usted Gaona?

orero.

parece mejor, Joselito o Gaona?

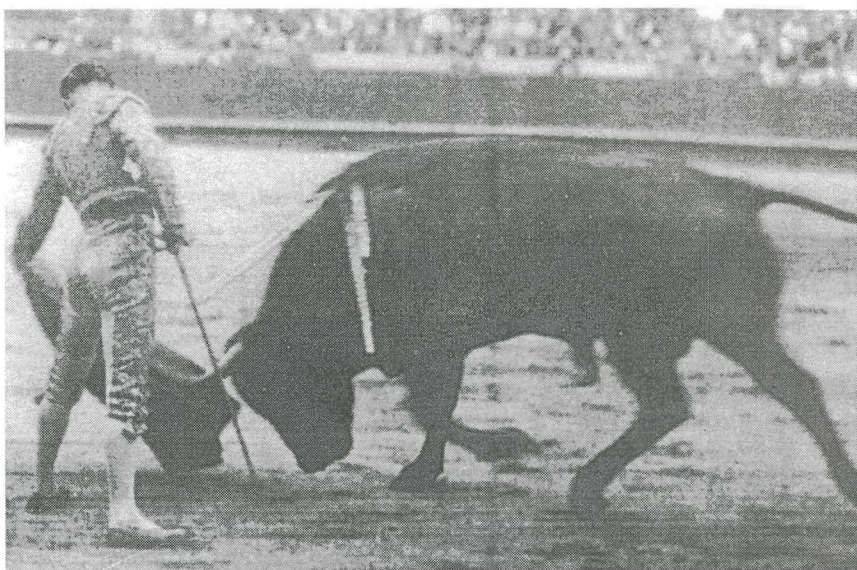
, le diré: si yo siendo banderillero de José Gaona, quiere decirse que no hay compa- e."

cio. Así murió Ignacio.

l arte de Alfredo. Cometí el error de nacer demasiado tarde para verle torear. En el Cossío puede leerse; "Difícilmente nadie, de la le ventaja, ni aún le iguala, en su buena técnica ni en el conocimiento de los toros y de la lidia apropiada a cada uno y en cada caso... lable muletero, eficaz, dominador, artista. El que más y mejor usa de la mano izquierda en estos tiempos". Los que lo vieron Sánchez Miranda en que era maestro soberano con la muleta y "el más diestro toreando al natural".

estos datos pueden encontrarse en el Cossío, pero lo que allí no se dice es que Alfredo Corrochano es torero de esta tierra, de San Ideiglesias. ¿No dije antes que nació en Madrid? ¿Estoy, pues, equivocado al decir que es de San Martín? ¿Miento acaso? No. No ca ni primariamente del lugar que nos ve nacer. Somos de los sitios en que jugamos, reímos, amamos y soñamos, tal vez sufrimos, gar en el que vivimos nuestras mejores horas, la Arcadia perdida, la dorada época del "esplendor en la hierba". Y Alfredo vivió, amó, toreó en San Martín. Por eso digo, y no estoy equivocado, que Alfredo es torero de San Martín.

le su abuela Pilar, César Agero García, fue destinado a esta villa como médico, al promediar la segunda mitad del siglo pasado y aquí enero de 1897. Su padre, don Pedro Agero Amatey había adquirido para él el caserón de la calle del Laurel, en la Veracruz, con su bodega y "sobrao".



Novillada con picadores en Barcelona



Corrida de toros en Sevilla

Allí pasó Alfredo muchas épocas de su vida, sobre todo los largos veranos de la infancia y adolescencia con sus hermanos y primos. Uno de éstos, Eduardo Sánchez Miranda, fue excelente novillero que no llegó a tomar la alternativa, pero que no le iba a la zaga en torería. Incluso hay quien decía que con el capote aventajaba a su primo. Lamentablemente, se perdió quizá una interesantísima competencia taurina entre primos y amigos. Juntos torearon dos festivales benéficos en San Martín, siempre supervisados por la sabiduría, taurina y vital, del inolvidable Juan Luis, el hermano mayor de Eduardo y José María. El primero, junto a "Cagancho", Domingo Ortega, Don José Martín y Anastasio Simón, excelente torero de San Martín (al que años después siguió Fernando Rivera, también de la tierra). El segundo, con Rafael "el Gallo" y Pepito Sánchez Elena, sobrino de José Sánchez Megías.

Nunca se cayó Alfredo de los carteles en las fiestas patronales.

Toreó dos novilladas en 1930 y 1931, y mató toros hasta 1935, la última vez, mano a mano con el "Niño de la Palma". Todos los años de su carrera participó en festivales benéficos. En San Martín dejó la huella del arte de su toreo y del nomenor arte de su vida. No hay calleja ni esquina del pueblo que no guarde un recuerdo sentimental de él. En ocasiones, se escapaba para torear furtivamente a "El Cercao", una finca del Cerro, cuyo encargado, apodado "el Focas" se convertía en cómplice de la corrida improvisada y clandestina. También el camino de tierra que va hacia la Virgen de la Nueva, que de seguro le hizo más de un quite salvador, sabe de sus carreras de entrenamiento para la dura temporada taurina. En la memoria de los más veteranos se conserva aún el recuerdo de sus tardes de éxito en San Martín, rubricado con la entusiasta subida a hombros desde la plaza hasta la calle del Laurel, por la cuesta "Tentetieso", bajo la dirección del incondicional Aurelio Parras, indiscutible jefe local del "Alfredismo sanmartineño. Y tantos recuerdos y emociones. Y tanta alegría y simpatía derramadas,... ¿Puede quedar alguna duda de que Alfredo es torero de San Martín?

Supo salir airoso de todas las suertes, en la plaza y en el más difícil ruedo de la vida, prolongó con sabiduría esa secular amistad entre el hombre español y el toro bravo, y celebró el rito casi sagrado, el cruento y silencioso encuentro entre dos miedos y dos soledades en que reside el profundo misterio de la fiesta.